

bía visto asegurada en ocasiones anteriores, los conjuró secretamente y en el seno de la mas íntima confianza, á que por temor ninguno torciesen la rectitud de su buen juicio, pues contra todo linaje de recelos y de inquietudes sabría ponerlos á salvo, asumiendo para sí toda la responsabilidad de sus fallos, todas las eventualidades de los sucesos.

Y habrá quien despues de esto pueda poner en duda la noble hidalguía de su carácter? ¿Tantos son los ejemplos de esta índole que registra la historia en conflictos iguales á los que agitaron entonces nuestro reino?

Pues aun así, se ha intentado manchar la memoria de nuestro Gran Justicia don Juan Lanuza, en estos infelicitísimos tiempos que corremos, donde toda indignidad tiene su asiento y reinan sus rivales la prevaricación y la apostasia y cuantas ruines pasiones pueden gangrenar y envilecer nuestra raza, cuando son la base (segun hoy acontece), de todo encubramiento y glorificación. Hasta el talento y la ciencia viven entre nosotros al servicio y devoción de la inmoralidad y del excepticismo; y del centro de esta cloaca de inmundicia corrupcion, ha salido mas de una voz contra la inmaculada fama de tan austero repúblico.

La declaracion del fuero de Calatayud, con tanta reflexion y estudio examinada, y con tan santa independencia resuelta, ha sido uno de los *Actos formales* mas solemnes de nuestra historia política.

Los de la Union, en sus diferentes épocas, en nada lo aventajaron, siendo de notar que tambien en esta, como en alguna de aquellas, emplearon el soborno y la perfidia sus malas artes para enflaquecer las huestes de la lealtad, y que en unas y en otras, hubo de echar mano de tropas extranjeras para poner la victoria del lado de la tiranía.

Lo mismo bajo Pedro IV que bajo Felipe I, hicieron alarde los traidores de su traicion, y los ricos-hombres se dividieron en bandos, y se engalanó la alevosia con títulos de honor, y se premiaron los asesinatos con grandes mercedes.

Contra tan ruines como poderosos manejos alzose nuestro jóven Lanuza, enarbolando el pendon del reino, y apellidándolo á la defensa de sus venerables fueros. Débil, menguada y turbulenta fué la hueste que pasó en muestra en el Campo del toro; confundidos entre los leales vió á muchos traidores, dentro de las mismas filas de sus tercios, puestos al acecho por el mismo Santo Oficio, para espiar toda ocasion de trastorno; y casi seguro de la catástrofe que le amenazaba, púsose al frente de aquellas tropas tan inseguras como indisciplinadas, resuelto á afrontar denodadamente su mala fortuna.

De credo en credo (segun su gráfica frase) se sucedían los escándalos de la indisciplina y los síntomas de rebelion hasta que, apurados los recursos de su autoridad, abandonó á los que tan mal la reconocían, acogiendo con el diputado Luna á la villa de Epila, residencia entonces de su anciana madre.

Allí, consultando con su propia honra y anteponiéndola á la conservacion de su existencia, dió aquel célebre *Manifiesto*, que segun los realistas de su época, lo arrastró al patíbulo.

En él declaró que habia convocado al reino contra el desafuero de la invasion de Vargas, y que solo la imposibilidad de sobreponerse á su indisciplina le habia obligado á abandonar la hueste á pesar de tener por santa aquella insurreccion y por legitima su resistencia al monarca.

¡Acto grande de abnegacion, con el que poniendo á salvo la dignidad de su eleva-

da magistratura y su buen nombre, es- però tranquilo los sucesos al amparo de su propia conciencia!

Entrada por armas la ciudad de Zaragoza, pero satisfecho de haber cumplido con su oficio hasta donde sus fuerzas alcanzaron, todavia insistió en no abandonar su cargo, (que continuaba en pié) sobreponiéndose al triunfo de la invasion; é invitado por el jefe mismo de las fuerzas invasoras, que reconoció con esto la legitimidad de la resistencia, regresó á su Corte donde administrando justicia fué preso por el capitán Velasco Alcaide de Almuñecar, puesto de aviso en los patios del palacio de la Diputacion, como quien sin cuidado alguno especial, recorria por mero entretenimiento varias estampas, que colgadas de sus paredes, estaban espuestas á la venta pública.

Esta insistencia en ejercer su magistratura despues de su derrota, se habrá tomado acaso por algunos como una muestra de asentimiento al vandálico proceder de aquel monarca, pero ni semejante cargo puede compadecerse con sus solemnes y reputadas protestas en este punto, ni continuando en toda su fuerza y vigor la institucion del justicazgo, podia el Justicia dejar desierto el desempeño de sus funciones. Huyendo de su tribunal hubiera puesto á salvo su persona de todo daño, pero su fama habria quedado manchada con la fea y cobarde nota de su desercion; y el acto de presentarse en Zaragoza para arrostrar, sin mas defensa que su toga, las iras del vergonzoso Felipe, prueba su inquebrantable fortaleza y los altos quilates de su heroica abnegacion.

Sin forma alguna de juicio y sin tomar en cuenta tampoco las protestas que hicieron de su indemnidad foral, se vió poco despues conducido al patíbulo, desiertas las calles de la ciudad augusta, cerradas las puertas y ventanas de sus edificios, y sin mas espectadores de aquel gran crimen que los esbirros asalariados de Felipe el prudente.

El duelo en todo el reino fué universal, y sobrecogidos de terror y temerosos aun de su piedad solemnizaron los frailes menores de San Francisco, la conduccion de su cadáver, llevado en andas por los Cabos castellanos de mas cuenta al enterramiento de su familia, donde por espacio de tres siglos yacieron olvidados sus venerables restos.

Arrasadas sus casas y sembrado de sal el terreno que ocupaban, aun intentó el Escorialense llevar á mas extraño término su ensañamiento, infamando la memoria de tan ilustre familia con la marca del condado de Plasencia y un hábito de Santiago que ofreció al hermano de nuestro malogrado Justicia, y que este no dudó aceptar de las propias manos de su asesino para perpetuo testimonio de tan villana indignidad.

Con ella se honraron los blasones de su casa, por los que se apellidaban sus descendientes, pero... ¡que le sea ligera la tierra que viene cubriendo sus cenizas! porque los hijos de aquella corona no han de llevar sus rencores mas allá de la tumba.

Por lo demás, ningun aragones ha de investigar donde yacen; y el escudo de armas que cubra su huesa nadie ha de mirarlo sino para compadecerlo, pero sin que su compasivo recuerdo humedezca con una sola lágrima la losa que ostenta tan infelicitísimo blason.

MANUEL LASALA.

UNA CIUDAD DEBAJO DE TIERRA.

Paris 10 de Enero de 1865.

Ya que Paris está triste en la quincena despues de pascuas, como un convidado despues del festin:

Ya que la conversacion ruéda informemente sobre la Enciclica, documento demasiado sério.

¿Por qué no hemos de dejar un momento el suelo por las excavaciones, la tierra por los subterráneos, el presente por el pasado milagrosamente descubierto?

Paris está triste... Pues hagamos como los romanos cuando estaban alegres... vamos á Pompeya.

Pero no os llevamos lectores á una capital, porque para eso mas valdria no salir de la antigua Lutecia.

Pompeya fué una ciudad pequeña, de 30.000 almas á lo mas. Su puerto dió abrigo en otro tiempo á la flota de P. Cornelio. Tácito y Séneca la han declarado célebre. Ciceron poseía en ella una casa de que nos habla en sus cartas. Augusto envió allí una colonia romana. Y el emperador Claudio la adornó con una villa deliciosa.

Allí murió uno de sus hijos que pereció por un motivo muy singular.

El chico se entretenia en arrojar al aire peras y cogerlas con la boca cuando caian.

Una de ellas lo ahogó hundiéndose en la garganta.

¡Fué aquella una pera de verdadera angustia!

Pero no se crea por eso que los chicos napolitanos han escarmentado de tal entretenimiento; solo que hoy lo hacen con higos pequeños, y así no es tan peligroso.

No hay catástrofe grande que no haya tenido sus prodromos.

Pompeya, que fué sepultada por el Vesubio el año 79 de la era cristiana, habrá experimentado el 63 antes de la misma un gran terremoto.

Muchas casas se hundieron.

Y la poblacion se apresuró á huir de tan peligrosa morada.

Pero, disipado el terror, los pompeyanos volvieron; y la ciudad estaba ya del todo reedificada, cuando llegó el terrible azote que la enterró para diez y ocho siglos.

En un libro notable por su estilo y claridad, *Pompeya y los pompeyanos*, se encuentra la relacion del desastre; y rogamos á su autor, Mr. Marc Monnier, que nos permita transcribir algunas líneas de su elocuente y verídica descripcion.

La erupcion del Vesubio que invadió á Pompeya.

Tuvo lugar durante una fiesta de gladiadores el 23 de Noviembre del año 79.

El testimonio de los antiguos; las ruinas, que muestran las cupas sobrepuestas de cenizas y de piedras; los esqueletos sorprendidos en la actitud de la agonía ó de la muerte, ¡todo nos cuenta la catástrofe!

Se oyó en las calles el grito: «¡arde el Vesubio!»

Tratan los pompeyanos de salvarse.

Pero, tras un diluvio de cenizas, cae un diluvio de fuego... ¡podria decirse que de nieve ardiendo!

Huyen los habitantes en todas direcciones.

El anfiteatro, donde se celebraba la fies-

y el de viuda, que es como si dijéramos, cesante ó jubilada. ¿Qué español no ha pasado por uno de estos tres estados?

Parecía lo natural que yo empezase por el principio, por las solteras, pero á ley de buen compañero debo dar la preferencia á las viudas: *aunque lo son pocas*, también yo soy cesante. Ea, compañeras mías, venid acá y no gimoteéis ni me hagáis pucheritos, que de mí no teneis nada que temer.

¿Sabeis, hermanas, quién fué la primera de vuestra respetable clase? ¿No? Pues tampoco yo lo sé á punto cierto, pero presumo que lo fué nuestra madre Eva, que era la mas jóven de ambos esposos. En esto no puede haber duda, porque sabido es que la primera mujer fue formada de la costilla del primer hombre, lo cual no lo traigo á colación para echaros en cara un huesecillo de mala muerte, cuando se que os habeis apresurado á pagarlo con usura y con tan rara modestia que lo callais en vez de proclamarlo, y con disimulo tan fino, que así como nuestro buen padre Adán no reparó en el déficit, tampoco sus hijos reparan en el superávit. Y haceis bien, porque el hombre es tan ingrato que quizá no apreciaría como es justo vuestros desvelos por amortizar la deuda contrada por mamá en el Paraíso. Pero dejando esto, no digo á un lado, sino al otro lado del mar, lo mas lejos posible, iba diciendo, hermanas, que siendo la mas jóven la tentadora Eva, debió de tener, naturalmente, la desgracia de sobrevivir á su esposo, perifrasis de ordenanza, aunque no faltan algunos eruditos, según los cuales, Adán no solo murió primero, sino jóven todavía, de un atracón de manzanas. Después de haber hecho el buen señor tantos melindres sobre si comería ó no comería una manzana, se echó la cuenta del perdido, y dijo para su hoja de parra: «Preso por mil, preso por mil y quinientas» «ya no ha de ser el cuerpo mas negro que las alas,» «y á donde ha ido el mar que vayan las arenas,» lo cual, á ser cierto, probaría, entre otras cosas, que Adán tenía sus nociones de aritmética, que conocía los cuervos y había reparado en que eran enteramente negros, y que no debía de caer el mar muy lejos del Paraíso. Y así tenía que ser: al menos si yo hiciera un paraíso, lo haría junto al mar, pero suprimiría los cuervos y aun la aritmética.

Queda, pues, sentado que nuestra primera mamá fué también la primera viuda; pero si esta averiguación es útil para el escalafón de la clase, por lo demás no nos importa un bledo. ¿Cómo ha de servirnos de tipo una viuda en cuyo tiempo no habia duelos ni carros de pompas fúnebres, ni sacramentales, ni novenarios, ni lutos, ni una mala viudedad? Con todo el respeto que tenemos á nuestra madre Eva, es preciso convenir en que fué una viuda salvaje, aunque no tanto como las que hasta en nuestros tiempos se arrojan con todas sus joyas y alhajas al hoyo en que enterraban á su marido, y allí, devoradas por las llamas, perdían la vida, que no querían conservar sin su esposo. ¡Cáspita con las salvajes! Esto será muy bárbaro, pero es heroico, sublime y bastante lisonjero para el amor propio marital. Por acá las cosas pasan de otro modo.

Por de pronto, la viuda, mucho antes de serlo, mucho antes de casarse, piensa en la viudez, no para atentar contra su vida, sino para pasarla con toda la posible comodidad. Por eso, apenas presumen la hija y la madre que algún incauto tiene buenas intenciones, que frecuenta la casa con buen fin (¡infeliz!), cuando una de las primeras cosas que procuran averiguar es si el presunto novio deja ó no viudedad. No tienen necesidad de preguntárselo direc-



GOETHE (AUTOR DEL FAUSTO.)

tamente, porque no hay soltera que no sepa al dedillo qué sueldo, qué edad, qué grado ha de tener el cuñado para dejar consignada después de su muerte una pensión sobre las rentas del Estado mientras conserve el de viuda la que desde soltera pensó en esta horrible desgracia. Este conocimiento las sirve de mucho. ¿Cuántas veces prefiere la niña á D. Facundo, que tiene mas años y menos dientes que D. Pepito, solo porque el uno deja viudedad, y el otro solo deja viuda? Otras vemos que la boda camina muy despacio, y otras se lleva á paso de carga. Si el novio tiene una sola estrella en el brazo, hasta que se verifique una conjunción, no hay que pensar en casarse, porque es preciso ser capitán para que la capitana cargue sobre nuestro robusto presupuesto de la Guerra: pero si el candidato anda frizando con los sesenta, entonces no hay que perder instante, porque la viudez está muy cerca; pero si se descuida, la viudedad voló. Por supuesto que la novia y los papás jamás hablan de tan delicado asunto delante del futuro, y si este saca alguna vez la conversacion de viudedad, le interrumpen á coro, diciéndole: «¡Jesus qué ocurrencia! vaya, no hablé V. de semejante cosa; ¡quién piensa en eso! no lo permita Dios! ¡V. si que tiene trazas de enterrarnos á todos!» etc., etc., con cuya fraseología el pobre pazguato queda confundido, y aun avergonzado de haber tocado semejante cuestion.

Pero yo me he propuesto hablar de las viudas, y estoy hablando de las solteras: no lo puedo remediar, me gusta el pan cuanto mas tierno mejor.

Mojeamos la pluma en tinta muy negra; pongamos el rostro compungido. El caso no es para menos. Ni la *meopatia*, como dicen algunas viudas, ni las cantáridas y sanguijuelas lograron salvar la vida del pobrecito.

«Y cómo le atormentaron por ambos sistemas!» exclama la viuda, llena de satisfacción: «ese consuelo me queda: crea

usted que no he dejado nada por hacer. »Figúrese V. que hubo tres juntas, y que se llamó á los primeros *espadas* de Madrid (¡vaya un modo de señalar á los médicos!), pero nada: cuando la cosa viene derecha...» (Aquí la viuda se aplica el pañuelo á los ojos y solloza.) Entonces cae sobre ella un chaparrón de consuelos que la dirigen los asistentes al duelo. Todos están unánimes en que la cosa no tiene remedio, y en que por lo mismo no debe afigirse. Lo primero es innegable; pero lo segundo no parece muy lógico, porque justamente los males que no tienen remedio son los que mas deben afigirnos. ¿Qué despropósitos se oyen en los duelos!

Los de las viudas no suelen estar muy concurridos, á no ser que el difunto tuviera el riñón bien cubierto, ó su familia esté en candelero. Entonces no falta nadie al duelo, ni al entierro, ni al funeral; y, seguros de que no han de ser aceptados, todos hacen á la viuda mil ofrecimientos. Pero la viuda muy rica no merece llamar nuestra atención. Se casará cuando quiera, y generalmente quiere casarse lo mas pronto posible. Solo observamos en ella un punto de semejanza con las demás de su clase.

Todas las viudas, ricas y pobres, jóvenes y viejas, feas y hermosas hablan mal del difunto. Quizá sorprenda esto á muchos cuando comunmente se llama día de las alabanzas al de la muerte, pero el que lo dude que observe y verá como en medio de los sollozos y de las lamentaciones se suelta alguna saeta contra el pobre marido. Y mientras observa, nosotros refrescaremos su memoria. ¿Quién no ha oído algunas palabras parecidas á estas, que se cruzan en casi todos los duelos entre el doliente y la dolorida?

—¿Con que murió el Sr. D....?

—Sí, señor, ¡infeliz de mí! ¡Qué hombre he perdido! Figúrese V. cómo estaré yo. No habrá otro en el mundo como él. Tan cariñoso, tan bueno, tan...



Revista de muertos.

—Y diga V., ¿de qué murió?

—¿De qué quería V. que muriera? Ya sabe V. que el pobrecito era muy delicado de estómago. Los médicos y yo andábamos siempre con él á vueltas para que no saliese de su ternera asada y alguna fruta en compote, porque en haciendo el menor esceso... ya se sabía, cólico al canto. Pues

él no se quería privar de nada y se atracaba de porquerías. El... pimientos, él... melones, él... café á todo pasto, y así el pobrecito mio cada día estaba peor. Ultimamente, llegó el día de Todos-Santos, y al sentarnos á la mesa me preguntó si se han traído buñuelos.—Dejate de buñuelos, hombre, ya sabes que te hacen daño.—

Qué daño ni qué calabazas, me respondió, y mandó al criado que trajese tres libras. Ya sabe V. que tenía un genio muy fuerte, yo no me atreví á oponerme, trajeron los malditos buñuelos, y por mas que yo le decía: «Juan, no los comas, mira que te van á hacer daño,» se engulló lo menos dos libras, y al concluir dijo: «Si revien-

encogimiento manifestaba no há mucho en la lonja de San Felipe. Aquella tienda, aquella casa era la suya. Equivocarse mucho quien para formar idea de la tienda de Mondragon escogiese por tipo alguna de las que ahora vemos en el mismo paraje.

No se hable de banquetas elegantes y cómodas; no se piense que allí habría lámparas magníficas, ni espejos, ni columnas, ni dorados, ni esculturas, ni pavimento de mármol: una pieza baja, estrecha, oscura, con paredes denegridas, tres escalones que descendían para llegar á un piso mal entablado; y por mostrador una mesa larga de pino sin pintar, como la destartada anaqueleteria: esto era en aquella época un almacén de modas en la capital de España, señora de dos emisferios.

Damas de guarda infante, escoltadas de rodrigon y dueña, caballeros de hábito, doncellas de labor, sastres y novios ocupaban la tienda: todos, al ver á Mondragon, le gritan que los despache, y él, con un desabrido *aguardense*, responde á todos, y se entra á dejar el sombrero y la capa. Preséntase despues á la concurrencia calándose un gorro sucio y descolorido, reparte unos torniscones á los mancebos que manejan los lios, y empieza á preguntar á cada uno de los parroquianos qué es lo que quiere.—*Estufillas de martas*, dice una señora: *medias de pelo*, dice un pisaverde.—*Razo, rasilla, chamelota, colonias, sempiterna*, claman á un tiempo los demás.—*¡Vayan á chillar á un lavadero, noramala para sus lenguas!* prorrumpe Mondragon hecho la segunda parte de su apellido: «á cada uno le llegará su vez.—Que tengo prisa.—El compañero de mas arriba está mano sobre mano: pase usaseed allí y se lo agradecerá, y yo tambien que me deje.» Toda esta amabilidad y dulzura empleaban para despachar sus géneros los antiguos mercaderes de España. Por fin riñendo y contestando, satisface brevemente á todos, les hace pagar lo que quiere, desocúpase la tienda, y el mercader se sube á ver á su hija.

Mondragon era un comerciante rico; pero la misma magnificencia se observaba en el atavío de la hija, que en el mostrador y el menaje de casa del padre. Beatriz vestía un hábito de anascote: en su habitación no se veía, como en las de las comerciantes de ahora, piano ni harpa, ni tocador con espejo movable, ni dibujos ó bordados de la señorita puestos en lujosos marcos, ni en su mesa habia mas libros que un *Ordinario de la Misa*, impresion de Amberes con viñetas, regalo de un canónigo, y el *Flos Sanctorum*, en letra de tortis. Sabese, empero, por tradicion fidedigna, que la niña conservaba ocultas en su baula la *Diana* de Gil Polo, las novelas de Montalvan, y un tomo de comedias del maestro Tirso de Molina.

Beatriz se ocupaba en una labor, en la cual apenas ponía los ojos, porque á la primera mirada que fijó en su padre, conoció que traía que decirle, y así esperaba con ansia el momento en que Mondragon desplecase los labios. No se atrevía á dirigirle una pregunta; pero procuraba dejar advertir su impaciencia. Mondragon, despues de un rato de silencio, le rompió diciendo:

—He hablado á D. Gaspar.
—¡Bendita sea la bondad de Dios!
—Le tendremos aquí esta noche: ¡pensaba venir á verme.
—¡Ah! bien os decía yo.
—Si, necesitaba cien ducados.
—¡Para eso viene!
—¡Para qué ha de acudir á la casa de un mercader un boquirubio de la corte? Para estafarle su dinero, para afrentarle su hija.

—Padre, por Dios.... Yo no merezco....
—¿Cuándo te persuadirás de que á una doncella no le basta ser honrada, si dalgár á sospechas su poco recato? Te han visto hablar á ese hombre que puso en ti los ojos en hora menguada, y has perdido tu reputacion, como si hubieses cometido una culpa grave. El propio, para satisfacer su vanidad, se habrá alavado de favores que no ha conseguido... Para el mundo, Beatriz, estás desconcertada, deshonorada; y si D. Gaspar no te dá la mano, no hay mas asilo para tí que una clausura.»

Beatriz se deshacía en llanto al escuchar estas palabras. Mondragon prosiguió: «Vendrá tu galán esta noche, y si me atrevo á decirle: sois un alevé si no os casais con mi hija, me responderá: vos sois un villano, y yo no quiero viciar mi sangre mezclándola con la vuestra. Si le recuerdo que le he librado de sus acreedores, y que me he dejado engañar de intento con promesas y firmas que nunca serán satisfechas, para ver si su pundonor le escitaba á reparar el daño que habia hecho su loco amor á mi honra, me replicará entonces que todo el oro que encierran mis arcas es mezquino premio de tan alto enlace, y que no es culpa suya que tú hayas sido crédula, y que yo en medio de la ruindad de mis pensamientos, haya hecho un cálculo desacertado sobre la elevacion de su espíritu. Porque, hija mia, yo que fui pobre y que á fuerza de industria legitima y de constancia soy ya opulento; lejos de haberme granjeado el aprecio de los hombres, me he atraído su aborrecimiento y su envidia; y ese jóven insensato, disipador del caudal de sus padres, ese nada ha perdido de su opinion y lustre por su disolucion y por su imprudencia.

La carrera de los honores está abierta para él, y nadie le hace cargo de haber sumido en la miseria á veinte familias; y yo que mantengo en una cómoda mediania numerosos dependientes en varios puntos del reino, soy un hombre despreciable para las gentes. El que vive entrapando á todo el que no le conoce, inspira respeto hasta á sus mismos acreedores, y grandes y pequeños se le quitan la gorra; á mí me escarnecen hasta los mendigos.»

Hay quien afirma que Beatriz, en tanto que su padre ensartaba esta relacion tan prolífica de lástimas, decía interiormente que si los mercaderes se veían tan despreciados á la sazón, tal vez era la causa principal de este desprecio la rusticidad insufrible de sus modales, su ignorancia supina en aquellos ramos que dan cierta blandura y jovialidad al carácter, su avaricia sordida que les privaba de todos los placeres honestos, y les hacia recrearse en la suciedad y el desaliño, y en fin, la falta absoluta de verdadero espíritu mercantil, que hacia de una profesion útil y honrada un arte de grosera engaño.

Vino la noche, y D. Gaspar, gracias al estado de su bolsillo, cumplió su palabra y acudió á la tienda. Encerráronse en un cuarto la hija y el padre y el caballero; y hubo allí reconversiones y gemidos y voces y ratos de hondo silencio, y por ultimo abrazos y lágrimas de la mejor especie. A los dos dias D. Gaspar salía de Madrid en posta con un bizarro traje de camino, y Beatriz cantaba á la viñuela en su cuarto un sentido romance con el tono de la mas dulce y amorosa melancolia.

Algunos meses despues se casaba don Gaspar secretamente en una villa junto á Palermo con una hermosa jóven, y la tienda de Mondragon, en la calle Mayor de Madrid, habia desaparecido. La esposa de D. Gaspar se llamaba Beatriz, y el administrador de la casa del caballero, era un español de espalda encorvada que se firmaba M. Carreño.

Todo esto fué necesario para que un caballero de aquella época se casase con la hija de un mercader que gustaba calzones remendados.

En el día un noble hubiera sido mucho menos escrupuloso; porque comerciantes como el suegro de D. Gaspar ya no se usan. Generalmente en las preocupaciones que han reinado contra tal ó tal clase, ha intervenido alguna razon justa, fundada en los vicios ó ridiculeces de los individuos de ella, y por eso la preocupacion se ha desvanecido en el momento en que la clase menospreciada se ha hecho acreedora á mas ventajoso concepto.

J. E. HARTZENBUSCH.

REVISTA DE LA SEMANA.

Poco diremos.

Todo contribuyente cuya cuota llegue á 40 rs., recordará con tristeza la tercera semana de Enero de 1865.

El gobierno exigirá 600 millones.

El pueblo dará todo lo que tiene: ahorros, rentas, el sudor de su rostro, el pan de sus hijos. Los pobres tendrán que dar hasta su riqueza imposible.

¡Pobre país!

¿Cuál será el término de esta situación?

Pero nuestros lectores no querrán que les hablemos de eso. ¿Qué adelantarian con que trazásemos aquí el cuadro de sus próximas miserias? No seamos pesimistas.

Hablemos de Fausto.

Fausto, magnífica creacion del poderoso genio de Goethe; Fausto, ópera del maestro Gounod.

¿Qué acordes marchan la música y la acción! Aquellas notas tiernas y delicadas, en Margarita; tridentes primero, mágicas despues y desesperadas al fin, en Fausto; purísimas, en Sibel; energías, en Valentin; y terribles ó burlonas, pero siempre glaciales, en Mefistófeles, ¡qué bien nos espresan la situación de todos los personajes del drama!

Fausto es céptico, gastado, imponente, forma alianza con el Genio del mal para satisfacer su sed hidrónica de placeres; encubre su alma caduca bajo una brillante máscara de mentida juventud; derrama la hiel de sus torpes pasiones en el casto seno de Margarita; ahoga la noble energía, el ánimo varonil de Valentin; marchitalas dulces ilusiones de Sibel; profana y mancha todo lo que toca; hasta que, herido al fin por el rayo de la cólera celeste, se hunde en el abismo abrazado con el Genio del mal; sin que pueda salvarle ni aun la generosa intercesion de Margarita, privilegiada naturaleza, que sufre y calla, vuela al Cielo y perdona.

Y recordamos involuntariamente con este motivo el empréstito y el partido moderado.

Está visto.

No podemos hablar de otra cosa.

CRÓNICA DE REUNIONES.

CÍRCULO DE ENCISO.

Junta Directiva.

Presidente, D. Donato Llanos.—Vocales, José Marin; Simon Jimenez.—Secretario, Antonio Gutierrez.

LECTURAS EN ALTA VOZ.

En *Los Dos Reinos*, periódico de Valencia, leemos lo siguiente:

PREMIOS A LA LECTURA.

En la noche del domingo 15 de los corrientes celebró junta general ordinaria la sociedad *La Tertulia*, funda-

da por varios de nuestros amigos en esta capital. Aprobadas las cuentas que había sometido a discusión la Junta directiva, uno de los señores socios presentó y apoyó una proposición dirigida a obtener de la sociedad crease dos premios, uno de 600, y otro de 400 rs., con mas, dos medallas de acesit, para los individuos de la clase jornalera que demuestren leer mejor, ó sea con la claridad, precisión y buena entonación, tan recomendadas por los profesores de humanidades en todos tiempos y países. Acogida esta proposición, no solo



El tacto.—El paladar.

telectual del hombre, cualquiera que sea la extensión de la órbita en la que deba girar su actividad, atendidas su condición y circunstancias en la esfera social. Como ejercicio higiénico, la lectura en voz alta contribuye a desarrollar la vitalidad de nuestro organismo, dando mayor fuerza y elasticidad a los pulmones, acostumbrándonos a una mas fácil emisión de los sonidos articulados, y equilibrando los excesos del sistema nervioso hasta el punto en que la fatiga indique su lacitud.

Bajo el punto de vista moral, la esquisita prudencia que debe presidir en la elección de textos, puede suministrar vasto campo a las inteligencias mas vulgares, para asimilar el fruto de cien vigiliat, comprender la extensión de sus deberes y sus derechos, y contemplar en el espejo de la historia la imagen de los grandes hombres a quienes deben imitar. Ultimamente, será menester que encañezamos la lectura en alta voz como medio de adquirir y difundir los conocimientos de que tanto carecen las clases desheredadas. Ni una palabra mas creemos necesario añadir, cuando el pensamiento que ha guiado a *La Tertulia* hoy, tal vez imitado por otras sociedades mañana, lleva en si el germen de todas las buenas obras, puesto que tiende a emancipar al mayor número de la ignorancia y de la inmoralidad, restos nefandos de aquellos siglos en que se llamaba delito a la mania de pensar.

Entre tanto, felicitamos a *La Tertulia* por sus leales aspiraciones al bien, y deseáramos que venciendo las pequeñas dificultades que puedan surgir en la realización de toda idea nueva, consiga pronto su laudable fin, llevando el pan de la instrucción al seno de las clases trabajadoras.

Sr. Director de LA SOBERANÍA NACIONAL.
Ibiza 8 de Enero de 1865.

Muy señor nuestro y de toda nuestra consideración: El Circulo de reunion establecido en esta ciudad, titulado *Academia del Pueblo*, a que tenemos el gusto de pertenecer, acordó por unanimidad, suscribirse al periódico que V. con acierto dirige. Y no podia menos de ser así, puesto que el programa de LA SOBERANÍA NACIONAL se halla enteramente de acuerdo con las as-

piraciones de todos aquellos que consideran la general instrucción, el mejor camino para que los pueblos lleguen un día al cabo del perfeccionamiento.

La lectura en alta voz deberá precisamente contribuir en gran manera a la extirpación de añejas tradiciones, que en España entorpecen la marcha del progreso.

Los circulos de reunion, donde como en el nuestro, se lee en alta voz; donde existe una seccion de música vocal é instrumental, y otra de declamación; donde la amigable discusión y el continuado trato enriquecen el espíritu y ennoblecen el alma; esos circulos, llámense casinos, liceos, tertulias u otra cosa, son ventajosísimos en todas partes, y mucho mas en una isla, que de 25.000 almas que cuenta, solo 200 con corta diferencia, saben leer.

La misión de su ilustrado periódico es parecida, por consiguiente, a la de la *Sociedad Academia del Pueblo*. Los redactores de LA SOBERANÍA NACIONAL, trabajan en pró de toda la nación, y son un poderoso auxiliar que se pone al lado de los que deseamos el adelanto de esta isla tan feraz cual abandonada.

Los enemigos de LA SOBERANÍA NACIONAL, lo serán del bienestar de sus compatriotas. Los enemigos de nuestro circulo, lo son de todos los ibizencos.

Existen, por desgracia, seres educados a la sombra de perversas escuelas, creadas en tantos años de desconocimiento de lo mas sagrado, desde el derecho del hombre hasta su propia conciencia; pero seres de los que no debemos hacer caso alguno, siguiendo, sin titubear, el fin que nos hemos propuesto.

Damos a V. las gracias por la nueva empresa que ha tomado a su cargo; y deseándole para satisfacción suya y bien nuestro, el logro de su noble misión, somos de V. con toda consideración, afectísimos seguros servidores y amigos Q. B. S. M.

VARIOS SOCIOS.

Sr. D. Angel Fernandez de los Rios.

Enciso 10 de Enero de 1865.

Muy señor mio: renovada la junta del circulo de Enciso el 1.º del corriente, de la que soy presidente por la elección que tuvieron a bien hacer los socios en mi humilde persona, una de las primeras cosas que en ella se acordó, habiendo leído en

por unanimidad, sino hasta con visibiles muestras de entusiasmo, quedó encargada la Junta directiva de reglamentar los detalles necesarios, a fin de que tan útil institución pueda en breve producir los ópinos frutos que desean todos los amantes de la instrucción popular.

Con efecto, la lectura en alta voz, objeto de premios y certámenes periódicos en los países que marchan a la vanguardia de la civilización, ofrece ventajosos y no bien conocidos resultados, bajo el triple punto de vista del desarrollo físico, moral é in-

el numero 2.º del *Semanario* que tan dignamente V. dirige, en el artículo de entrada, la idea emitida por un grande hombre de nuestro parlamento español de la *lectura en alta voz*, la junta acordó que así se efectue por el término de una hora por lo menos todos los días del año a primera hora por las noches, antes de dar principio a otras clases de diversion.

Como carecemos del *Semanario Lecturas del Hogar*, suplico a V. se sirva ordenar la suscripción a favor del circulo, por Calahorra, a esta villa, y adjunto acompaño el importe en letra de 32 rs. por un año.

Con este motivo me ofrezco de V. atento seguro servidor Q. B. S. M.

DONATO LLANOS.

Sr. D. Angel Fernandez de los Rios.

Enciso 10 de Enero, de 1865.

Muy señor mio y de mi mayor consideración: aficionados algunos operarios de los muchos que estamos en las varias fábricas de filatura y de lanas que hay en este pueblo, a la lectura en las noches que podemos despues de concluidos los trabajos; y habiendo llegado a nuestras manos en una de ellas el segundo número del *Semanario* que V. tan hábilmente dirige, con el titulo de *Lecturas del Hogar*, viendo que el Sr. Olózaga encarece la necesidad de las lecturas en alta voz, hemos acordado, ya que nuestra humilde posición no nos permite pertenecer al circulo de esta villa, formar una reunion (previo permiso de la autoridad), de las clases de industriales y obreros, en el local de maquinarias de mi casa habitación, donde todas las noches del año se leerán en alta voz obras de utilidad y recreo.

A efecto sirvase V. ordenar me manden su semanario, etc., etc.

PEDRO CUADRA.

Secretario de la redacción,

EDUARDO DE LA LOMA.

Editor responsable,

DON FRANCISCO QUELLEY Y GUTIERREZ.

MADRID:

Imprenta a cargo de Julian Peña, Rubio, 35.
1865.